

Aquí todo regresa a su llama primera:
aquel mosto estallando, por septiembre, en las pámpanas,
aquellos dulces lechos de abejas derramadas,
la voz de los veranos
ardiendo entre las hojas, altísimos vergeles
de muñecas antiguas con labios de albahaca,
aquellos versos íntimos
perfumados de vida, perfumados de patio,
los largos corredores rumorosos de cítaras,
los vuelos aurorales de mi tacto, las siestas
heridas de racimos y lentos palomares...
tantas tardes lejanas que son sólo ceniza,
tanto sueño expoliado, tanta carne distante.

Herederos de un alba de arrasadas ciudades,
regresamos al dulce desván en donde ardieron
nuestro cuerpos, al ciego arrayán de nuestros ojos,
a la espuma remota de los otros que fuimos,
a aquellas sombras yermas que un día tuvieron nombre;
ahora regresamos a rehabitar despacio
la futura región de nuestro olvido.

Más tal vez no vivimos: tal vez fuésemos sólo
recuerdo de recuerdos, herederos acaso
de un vaporoso sueño, despoblada materia
que no halló la cascada de luz que la habitase.

Tal vez fue la palabra quien vivió por nosotros
y ya sólo es posible regresar, para siempre,
a futuras regiones de nostalgia y derrota,
a regiones de olvido, de silencio, de muerte.

Pedro A. GONZALEZ MORENO

